

Mis vecinos celebraban la **Semana Santa** por obligación. Por orden gubernativa, con apercibimiento de una multa si no la cumplían, el jueves y el viernes santo cerraban los bares, las tabernas y lo que era más grave, el cine Albaycín, que sólo podía proyectar películas de tema religioso, a las que nadie iba. En aquellos días, el luto era pues tan grande, que el aburrimiento estaba garantizado. Sobre todo los últimos días, cuando Jesucristo estaba muerto y no se escuchaba ni la radio. Hasta en el barrio de la Manigua cesaba toda la actividad. A mi vecino Manuel, hablando de estas cosas con los amigos, mientras se tomaban un vaso de vino peleón en el portal, le escuché un viernes santo una frase muy curiosa, que no entendí hasta algunos años después.

- ¡Bueno, habiendo chocho y cueva, que llueva, que llueva...!

Esta Semana Santa de los adultos no tenía nada que ver con la de los niños. Para nosotros, además de un periodo de vacaciones, era un espectáculo, una especie de teatro de calle, donde al ritmo de una banda de trompetas y tambores, desfilaban fantásticas imágenes. Nos fascinaban el Santo entierro y su urna de cristal rodeada de soldados romanos, que desfilaban siguiendo el ritmo onomatopéyico de un tambor, que según los entendidos, decía algo así como: dónde estará, dónde estará, el rey de los judíos queremos matar; los penitentes con sus extraños capirotos y hábitos de colores; los cristos y vírgenes albaycineros rozando con sus palios los balcones y ventanas de los callejones; la borriquilla rodeada de palmas y ramas de olivo; la cera de los cirios dejando un cálido reguero sobre los adoquines; las hogueras de los gitanos en los rellanos de las cuevas del Camino del Monte, en medio de un gentío impresionante; las mujeres con vestidos negros y elegantes, de generosos escotes, que dejaban ver cruces y cadenas de oro en sus delicados y desnudos cuellos; el tambor solemne del Cristo del silencio, sonando en medio de la oscuridad de la calle; o las enigmáticas Chías.

A la mañana siguiente de aquellas tardes de desfiles procesionales, organizábamos por los callejones nuestra propia procesión, con un paso que elaborábamos con una tabla y una base de hierba que recogíamos en la placeta de los Boticarios, sobre la que montábamos una cruz con dos palos cruzados, atados entre sí con una cuerda. Este singular paso, que portaban cuatro niños, acompañado por todos los demás, desfilaba por la calle san Martín y la placeta Contador, siguiendo el ritmo de una o dos latas que, a modo de tambor, tocaban otros niños.

En nuestras mentes infantiles, lo lúdico y lo mágico, trascendían lo espiritual y lo divino.

SEMANA SANTA: LO LÚDICO Y LO DIVINO. Antonio Monleón Anguita [SOMOS](#)

[ALBAYZINEROS.](#) [25-3-18](#)